

MARGINALIA

DESAPARICION DE LAS "KERMESSES"

YA podemos hacer el resumen del verano, al que podríamos titular «el verano desconocido», y al que muy bien podríamos dar un banquete.

Las manchas del sol deben haber influido mucho en esta frescura del verano, sospechando que sean costras más que manchas, por cómo nos han eclipsado su ardentía.

Las verbenas han vivido de su movilidad y han entrado en reacción gracias á ese trasiego, en carros lentos que ya saben transportar carrouseles descompuestos, pimpampunes que funcionan con resto de cuerda y de bríos en los carros, laberintos deshechos, y con más cuidado que nada, casi con lentitud y respeto de entierro, figuras de cera muy embaladas.

Pero lo que se puede dar por declaradamente muerto son las *kermesses*.

Ya en estos anteriores llevaron una vida lánguida, de solares vacíos, de circos sin *clowns*.

¿Cómo ha podido pasar eso? Las *kermesses* tuvieron gran vida en el pasado, y es grato resucitar la apariencia de las que se celebraron en los Campos Eliseos el año 65.

Se ve que la escena fué muy parecida á la del trasantepasado, cuando el *chotis* imperaba aún. Son las mismas madres en un rincón



Una antigua «kermesse» madrileña

de la fiesta, y el mismo aire de las parejas —ellos como diciendo una confidencia; ellas mirando por encima del hombro de ellos, como asomadas al balcón de la primera infidelidad.— Sólo se ve que entonces, por el abullonamiento de los trajes y su pomposidad, eran más necesarias las restauraciones en el entreacto, además de que los broches eran menos seguros y el peinado de moño bajo más desanudable.

Las *kermesses* del año mil novecientos cinco al novecientos veintidós tuvieron una iluminación eléctrica esplendorosa, y tenían una marca propia que no podremos olvidar los que la vimos. Las grandes lunas del verano influían en aquellos mares humanos.

Coros optimistas los de aquellas *kermesses*, tenían una hilaridad entre marcial y menestral que alegraba el corazón antes de llegar al ruedo. Todo el barrio tenía algo así como *sidra-champagne* gratuita gracias al alborozo y aire de la *kermesse* benéfica ó no benéfica del distrito.

La Cruz Roja era la que preparaba las mejores *kermesses*, que curaban de melancolía y desorientación al que no salía de Madrid, atrayéndole hacia la primera cura que le hacían en medio del avallado rumoreante y rlorecedido de floripondios musicales.

Los verdaderos oasis del Madrid nocturnal del verano eran las *kermesses* lunares, donde las Samaritanas daban bebida de su Lelleza, la bebida que entra por los ojos y que reposa sobre la curva de sus caderas como un gran ánfora que eran ellas mismas.

La rutilancia de la *kermesse* tenía para nosotros los exploradores algo de encontrar por fin, en asiento visible sobre el santo suelo, una de esas estrellas que caen de los cielos veraniegos y que no se sabe dónde van á parar. Allí estaba, en aquel plazolón de los derribos, con toda su fuerza de estrellas.



Restauraciones precisas después de unas habaneras en el baile de los Campos Eliseos

Al sentir el baile á su alrededor, aquellos instrumentos de viento sonaban como no se les ha vuelto á oír sonar después con un *moiré* de notas sedosas y joyantes, que acompañaban de música las faldas y erglobaban de tañidos las blusas.

Quizás hemos asistido entonces á las últimas *kermesses* porque no han desaparecido por incuria ó descuido de los organizadores posibles, sino porque la ciudad ha crecido y está llena de aventureros desconocidos que se aprovecharían demasiado de la mezcla de las *kermesses*. Antes, el pueblo se reconocía aún; tenía idea de sus vecinos; tenía mayor responsabilidad y garantizaba más lo que pudiera suceder.

La ciudad se ha perdido en un maremágnum; han venido muchas gentes de fuera; ha crecido el cinismo interior, y todo eso es lo que ha hecho imposible la *kermesse*, en que había esperanza de toda, de azarosa unión de destinos, de «tratándose es como se conocen las gentes».

No reaniman la noche de Madrid los cinematógrafos al aire libre, adormilados de música—pues hasta al *jazz-band* lo ensordece la obscuridad—. Aquella luz y aquella coherencia de la música no está en ningún lado.

¿Será también que el *charleston* no puede ser bailado sin que haya jarana de circo en esos espacios al aire libre que definen y dan demasiada verdad en cada cosa?

Indudablemente se evaporaron aquellas *kermesses* casi honestas, en que el mar de mozas y galanes del Madrid inquieto de pasión mezclaba sus olas, y ellos y ellas se reconocían, se apalabraban, ponían esperanza, ilusión y anhelo en la noche desalada del verano, desalada de no saber dónde ir.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

ESTAMPAS DE LA ÉPOCA



Las mamás de las antiguas «kermesses»